

go con su compañero el citado valle, atravesando el Paramo de Guanucos. Calzada, en vano intentó oponerse á la invasión que se le desbordaba por todos lados con sus masas; hizo frente sin éxito el 6 de Junio en Piteyo, en Julio tuvo que abandonar el Popayan, y por último, se fue á Pasto, en donde la fidelidad de sus habitantes no se había quebrantado.

Llegó con esto á los americanos la noticia del ataque de los chilenos contra el Perú, y ya se comprende que este avance había de ser decisivo para el resultado de la lucha por esta parte del Centro América.

Como hemos dicho, el gobierno de Chile había anunciado á Bolívar que el ejército se pondría en movimiento el día 15 de Agosto, y que San Martín se pondría á su frente.

Arregladas las confidencias, apenas San Martín entró en aguas del Perú, que ya Guayaquil se pronunció,—9 de Octubre,—poniéndose al frente el poeta Olmedo, quien se apresuró á enviar una expedición á Quito destinada á operar en combinación con Mires y Valdes una diversión que permitiera á estos operar contra Pasto.

Pero la suerte no fué ahora favorable á los americanos. Concentradas las dispersas fuerzas españolas, los de Guayaquil fueron batidos en Guachi el día 12 de Noviembre, y los colombianos lo fueron á su vez en Febrero de 1821 al forzar el paso del Juanambu, que ya había sido fatal á Nariño.

Valdes, que había dirigido la operación, tuvo que retroceder, y Bolívar lo reemplazó con el general Antonio José Sucre, que reconcentró las dispersas tropas y se fué con ellas á Guayaquil á combinar la expedición contra Quito, á fin de lograr que otra vez se diseminaran las tropas españolas concentradas ahora en la Sierra, en donde tenían cohibidos á los patriotas.

Sucre llevaba á Guayaquil una misión tanto ó más que militar, política. Debía, el ex-ministro de la Guerra de Bolívar, conforme á las órdenes de éste, convencer á los de Guayaquil de que debían unirse á la Colombia. El Guayaquil, durante siglos, había pertenecido al Perú, luego fué separado y unido á Nueva Granada; pero esto duró poco, y desde 1804 continuaba de nuevo unido al Perú. Los de Guayaquil no querían ser ni peruanos ni colombianos; habían pensado formar con Quito un Estado, pero la derrota de Guadix les había convencido de las dificultades de la empresa, y como San Martín se encontraba en Huara como Aníbal en Capua, Bolívar se apresuró á aprovecharse de las circunstancias y de aquí que mandase á su hombre de confianza á

Guayaquil, en donde si no fué mal recibido, no despertó su presencia ningún entusiasmo.

Sucre se dió por avisado y se fué con sus fuerzas á los puertos de Santa Elena y el Morro, en donde se mantuvo muy circunspecto, como si allí no hubiese más que un cuerpo de tropas auxiliares, dispuesto á cumplir las órdenes que le diera la Junta de Guayaquil.

Impaciente Sucre, entró en campaña para impedir que el cuerpo de tropas españolas que se había formado en Cuenca se uniera con el del presidente Aymerich, consiguiéndolo, pues batió á los primeros en Yaguachi, y aun cuando maniobró bien contra Aymerich, al fin fué atraído á Guachi, en donde estaba el grueso de las tropas españolas, perdiéndolo todo en un día,—12 de Setiembre.

Aymerich concedió entonces una tregua de tres meses á Sucre, medida imprudente que dió fatales resultados; pero no se debe olvidar que entonces, en 1821, la Revolución española cree poder acabar con la guerra de América, introduciendo en ella la Constitución de Cádiz, que el gobierno liberal presentaba temperamentos suaves y benignos, y por consiguiente que si Aymerich no debía dar tiempo á su enemigo para que se rehiciera, tampoco concediendo la tregua faltaba á sus deberes.

Al espirar la tregua, Sucre estaba ya preparado para su memorable campaña.

Principió las operaciones á primeros de 1822, marchando á la provincia de Loja al encuentro de los refuerzos que le enviaba San Martín, con los cuales arrojó de Cuenca y Alauri á los españoles,—22 de Abril.

Operó entonces con tanta habilidad como energía y logró interponerse entre Quito y Pasto ocupando inexpugnables posiciones cerca de la cresta del volcán de Pichincha, en donde fueron á atacarle los españoles, que sufrieron un descalabro completo y como consecuencia Quito arrió la bandera de España el 25 de Mayo, al otro día de lo que se llama batalla de Pichincha, y en el mismo día que cumplían doscientos ochenta años que se había izado por primera vez en Quito. La rendición de Quito decidió la de Pasto.

Bolívar al saber la derrota de su amigo Sucre en Guachi, se apresuró á salir de Bogotá,—Diciembre de 1821,— para darle aire, abriendo la campaña contra Quito desde el Popoyan. A primeros de 1822 se dirigió sobre Pasto, batió al general García en Bombona y puso sitio á Pasto, en donde los españoles se mantenían bien, hasta que sabido lo de Quito, estimaron inútil prolongar la resistencia, y el 8 de

Junio entregaron la plaza á Bolívar, quien á su vez conseguía la conquista del obispo Jiménez, el cual era el que había electrizado hasta aquí á los pastuzos que desde este momento se unieron á los americanos.

Sucre en Quito, Bolívar en Pasto; ¿qué había de ser de Guayaquil?

Los soldados colombianos se consideraban como en país conquistado por lo mismo que sabían que el país no estaba por ellos, así sin más ceremonias izaron la bandera de Colombia en todas partes, y como protestaran de ello los patriotas de Quito, que pedían una Asamblea nacional para resolver, las autoridades militares pusieron preso á su cabildo, á quien devolvió su libertad Sucre en cuanto se enteró de lo ocurrido, medida política que calmó la irritación, pero que no destruyó lo hecho, pues Quito no dejó por esto de ser considerada como colombiana, antes ya de que á ella llegase Bolívar,—16 de Junio.

Guayaquil tenía su partido colombiano que había crecido con los éxitos de las tropas colombianas, así al llegar á dicha ciudad Bolívar,—11 de Julio,—fué recibido como un libertador; pero en medio de aquel entusiasmo no dejó de descubrir Bolívar á los que querían la independencia de la ciudad, y á éstos les hizo saber sin rodeos que debían declarar la anexión de la ciudad á Colombia.

Quiso cuando menos el poco convencido aunque resignado Cabildo salvar las apariencias, y pidió y obtuvo la reunión de una Junta para decidir, se concedió esto, pero el día de la reunión de la asamblea nacional, Bolívar rodeó con sus tropas y artillería el edificio en donde estaban reunidos los cuarenta y cinco electores,—31 de Julio,—quienes pudieron entonces, tan fuertemente protegidos, votar con libertad la anexión del país á Colombia.

Bolívar había conseguido realizar el sueño de su ambición: de orillas del Orinoco á las del Océano pacífico se extendía el Estado colombiano, pero este Estado que acabamos de ver formado de una reunión ó unión de Estados más ó menos voluntaria ó espontánea ¿podía subsistir? ¿podía durar?

Los que en Europa se entusiasman con los grandes y poderosos Estados, los que tienen por ideal un Estado fuertemente centralizado, ven en Bolívar un hombre extraordinario, y hasta ha habido quien ha escrito que Bolívar es un hombre superior á Washington.

Claro está que si juzgamos la cuestión por lo que de momento convenía, Bolívar tenía razón cuando procuraba hacer triunfar en Angostura una constitu-

ción reaccionaria y centralizadora. Los pueblos que sacudían la despótica administración española habían de sentirse dispuestos á confundir la libertad con la anarquía, puesto que para ellos la libertad había de consistir en hacer lo que España les había prohibido. Luego la desorganización del país era inminente, y el país no podía ser sacrificado á una democracia inconsciente.

La dictadura era en este caso de rigor, pero no una dictadura constitucional como quería Bolívar, quien pedía la presidencia vitalicia, un Senado vitalicio compuesto de los libertadores, y un Congreso sometido é impotente. Esto era pedir la tiranía, y Rafael Diego Mérida denunciando desde Curaçao tales proyectos, como la obra de un ambicioso que quería imponerse á su patria, era un patriota.

Se comprende que el pueblo, que los patriotas que habían visto á los Estados Unidos luchar y formarse contra Inglaterra, fueran federalistas; pero el federalismo en el Centro América no estaba bien definido, nacía de la enormidad de las distancias, y los sistemas particulares no pudieron hacerse sentir sino hasta tanto que la ambición de Bolívar llegó á los pueblos de uno y otro lado de los Andes, á los pueblos del Pacífico. Desde este momento querer como quería Bolívar que todos los pueblos situados desde el Océano Atlántico al Océano Pacífico obedecieran á un solo hombre, obedecieran un solo gobierno, someterlos á la hegemonía de una ciudad central, de una capital, era perseguir una idea disolvente.

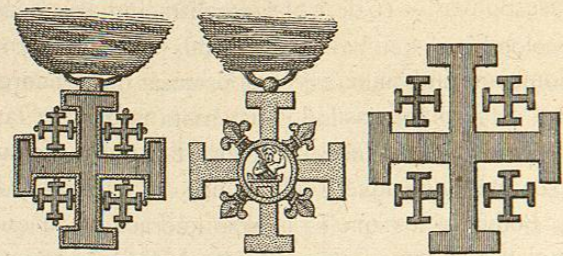
Para que este juicio no resulte á posteriori, recuérdese lo que sucedió en Guyana, recuérdese lo que acababa de suceder en Guayaquil. ¿Cómo podía ser sólida una obra que para ejecutarse exigía que los fusiles y los cañones determinaron el sí que habían de dar los que habían de formar la gran patria colombiana? ¿Cuándo se le ocurrió á Washington, ya que con Washington se compara á Bolívar, enviar sus soldados á los Estados que quedaron fuera de la unión para que votasen su accesión amenazados por sus soldados?

Bolívar es un grande hombre, pero no es más que Bolívar. Es un patriota que quiere la gloria y la prosperidad del Centro América, que la quiere con desinterés, que está dispuesto á sacrificarse por ella; pero no es más que un Napoleon, cuando lleva las fronteras de Francia al Elba, al Tiber y al Ebro. Cuando se sale de la realidad, cuando de la realidad se ve sólo lo inmediato y no lo mediato, los grandes hombres son discutidos como los pequeños hombres, y Bolívar era el Washington de la América del

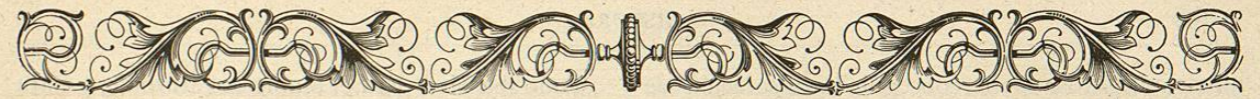
Centro, pero no el Washington del mundo. Este pertenece á los Estados-Unidos.

Mas adelante, cuando conozcamos la obra entera de Bolivar, será ocasión de volver á hablar de su paralelo entre Bolivar y Washington que aun hoy tiene quien lo escriba en Francia en donde continúa

siendo un ideal, una nación sometida al despotismo militar de un hombre ó de un gobierno. El jacobinismo, y sólo el jacobinismo hará de Bolivar su hombre; la libertad le agradecerá sólo lo que hizo para arrancar á los pueblos del Centro América al absolutista gobierno de España.



Orden del Santo Sepulcro



## CAPITULO L

### MEJICO

Independencia de Méjico y de la América central.—Actitud de las Cortes delante de la cuestión americana.—Los partidos políticos en Méjico.—El emperador Agustín.—Disolución del Congreso.—Caída y destierro del emperador.—Regreso y muerte de Iturbide.

**M**ÉJICO iba á conseguir su independencia por caminos bien distintos de los recorridos por Buenos Aires, Chile y Colombia.

Si bien es cierto que en Colombia no se vió durante mucho tiempo claro sobre si le convenía organizarse en república ó monarquía, Bolivar no vaciló en marchar por el camino republicano fuera ó no de su preferencia, convencido de que sólo por él se podía llegar á la independencia y reorganización del país.

¿Qué sucede en Méjico?

Apodaca, cuando supo el cambio de gobierno ocurrido en España con la revolución de Riego, quedó tan desconcertado, como lo hubiera quedado si en vez de mandar en Méjico, hubiese mandado otra cualquiera provincia española del continente europeo.

Devoto, fanático, absolutista, no veía en la revolución española más que la obra de la impiedad; así, cuando el infame Fernando VII le escribió diciéndole que procurase preservar á Méjico de toda Constitución, Apodaca se dispuso á cumplir las órdenes de su amo, por más que obrando así, desorganizara la defensa y levantara de nuevo la abatida causa revolucionaria.

Sólo Guerrero, activamente perseguido, se mantenía aún en armas, pero el caudillo mejicano no podía hacerse ilusiones y sus días eran contados; mas por fortuna el virey Apodaca vino en su auxilio, y separó del mando de las tropas al general Armigo, conocido por constitucional, y de quien temía que no le obligase á proclamar la Constitución al frente de sus soldados.

Dió Apodaca las tropas de Armigo á Agustín Iturbide, deseoso de emular las glorias de Bolivar y San Martín.

Iturbide había abandonado las filas del ejército español, desde las cuales tanto daño había causado á sus compatriotas con su enérgica conducta militar y sus crueldades de fiera, á consecuencia de las denuncias que sobre sus inmoralidades habían presentado las principales familias de Queretaro y Guanajuato. Como las denuncias eran ciertas, Iturbide no tuvo más remedio que retirarse, viviendo desde entonces en la capital con lo más perdido, mientras en su inquieto espíritu urdía un plan revolucionario.

Sabía de cierto que un día ú otro Apodaca le prendería su vida licenciosa, y, en efecto, este día llegó, y sometiéndose á las órdenes ó consejos del virey, fué á encerrarse en el convento de la Congregación de San Felipe Neri, en donde hizo una pe-